

Tras tocar en las islas de Ceguaco, Madera y Cebo, y sin haber aún recorrido 100 leguas por la costa al Poniente, la rotura de la vasija del agua y el estar «tocados de broma» los cascos de los navíos, le obligó a desembarcar y esperar el retorno desde Panamá de un bergantín con pez para embrearlos. Tratando de evitar consumir provisiones —pues el lugar de la reparación no ofrecía mantenimientos—, le hizo dejar a Niño con los hombres que habían de efectuarla, en tanto él penetraba al interior con cien hombres, «... para sostenerme con ellos —decía— caminando yo siempre por la tierra adentro al Poniente, metido algunas veces tan lexos de la costa por hallar poblado donde me sostuviesen, que muchas veces me hallé arrepentido; dexé mandado a Andrés Niño... que venida la pez y adobados y hecha la vasija para el agua, que se viniesen la costa abaxo al Poniente, y que andadas 80 o 100 leguas si llegase antes que yo, me esperase en el mejor puerto que por la comarca hallase, porque así lo haría yo si llegase primero y andando yo en este medio tiempo por la tierra adentro, sosteniéndome y tornando cristianos muchos caciques e yndios.»

Sorprendidos por una riada en un terreno entre cursos de agua, «una yslla que tenía 10 leguas de largo y 6 de ancho, la qual hazía dos braços de un río, el más poderoso que yo aya visto en Castilla»³², tuvieron que hacer balsas y dejarse ir en ellas, río abajo, hasta llegar al mar. Desde allí, caminando por la costa hacia Poniente, el grupo de Gil González alcanzó el golfo de San Vicente³³, donde se reunió con Andrés Niño que les esperaba con los navíos reparados. Posteriormente decidieron, puesto que «... ya aviamos comenzado a topar mayores caciques», que el capitán, con cien hombres y cuatro caballos, proseguiría los descubrimientos por tierra «con pensamiento de pacificar los caciques que topase y hazellos vasallos de vuestra magestad por toda manera de bien, y a los que no quisiesen, hazerselo hazer por fuerça como lo hice», según escribía Gil González al monarca.

Consiguientemente, concertó con Niño que éste, con dos navíos, continuaría la navegación al Poniente, midiendo y contando las leguas de costa recorridas³⁴, en tanto que las otras dos embarcaciones permanecerían en el golfo de San Vicente a la espera del retorno de las dos expediciones y custodiando «los 40 mill castellanos que ya teníamos».

Reemprendida la marcha por tierra, hizo Gil González —según decía— «muchos caciques amigos y vasallos de vuestra magestad, tornándose todos cristianos *muy de su voluntad*» y, tras alcanzar el territorio Nicoya, logró la expedición una de sus más fructuosas estancias: «llegué —relataba el descubridor— a un cacique llamado Nicoya, el cual me dio de presente 14 mill castellanos de oro, y se tornaron cristianos 6 mill y tantas personas con él, y sus mugeres y principales³⁵; quedaron tan cristianos en diez días que estube allí, que cuando me partí me dixo el cacique que pues ya él no

descubrió el golfo de Osa o Dulce, la isla del Caño y el golfo de Chira o Sanlúcar, actualmente golfo de Nicoya (Costa Rica).

³² Posiblemente el río de Pirrio, en Costa Rica.

³³ El golfo de San Vicente es la bahía de Caldera, en el golfo de Nicoya. La comarca que baña se llama Chorotega.

³⁴ La exploración de Andrés Niño llegaría al golfo de Tehuantepec, en Méjico.

³⁵ Según las cuentas de Cerezeda, exactamente habrían sido 13.442 pesos o castellanos y 6.063 bautizados.

había de hablar con sus ídolos, que me los llebase, y dióme seys estatuas de oro de grandura de un palmo».

A nueve leguas del asentamiento del cacique Nicoya, en territorio del cacique Corevisi, Gil González Dávila tendría noticia del lugar donde aquellos indígenas obtenían oro. Según el itinerario del Tesorero Cerezeda, había seis leguas del cacique Corevisi «a las *minas* de Chira». Esta denominación de «*mina*» respondía realmente a la explotación de un «*placer*» (arenal de un río donde la corriente deposita partículas de oro, por lo que la búsqueda y obtención de pepitas auríferas se lleva a cabo lavando las arenas en una especie de bandeja o «*batea*») ³⁶. Sobre las «*minas*» de Chira, decía el Tesorero que Gil González había ido a verlas y que «*sacáronse con una batea, en obra de tres horas, 10 pesos, 4 tomines de oro bajo*» ³⁷. El rendimiento de tal «*placer*» era, por tanto, extraordinario, aunque posiblemente exagerado: la fantasía y la esperanza de hallazgos fabulosos desorbitaban la realidad.

En efecto, otro cronista de la época, ponderando la riqueza aurífera de Veragua, señalaba: «... es la tierra toda lastrada de oro... cada negro *saca por lo menos un peso cada día*, y en todos los ríos y quebradas se hallan buenas minas y nacimiento dello, y *el oro llega a la ley*» ³⁸. En contraste, el rendimiento en Chira —según la afirmación de Cerezeda— sería de 31 pesos y medio por nueve horas de trabajo, aunque advertía que la calidad era «oro bajo».

Consiguientemente, con independencia de su diferente ley, en el caso de Veragua se lograba un kilogramo de oro en 218 días de trabajo, en tanto que en Chira se obtenía la misma cantidad de metal en tan sólo siete días de labor, lo que parece exagerado.

Reiniciada la marcha de la expedición, a unas cincuenta leguas a Poniente tuvo noticia de la existencia de un poderoso cacique llamado Nicaragua, por lo que —según Gil González— «muchos de los yndios principales que conmigo llevaba me aconsejaban que no fuese allá... pero la verdad es que yo iba determinado de no bolver atrás hasta hallar quien me estorvase por fuerza de armas y de yr adelante».

En esa disposición llegó a una jornada de aquel cacique, mandando a las lenguas (intérpretes) que llevaba que comunicaran al cacique lo que solía decir a los indígenas con los que tomaba contacto, «y es —precisaba— que yo hera un capitán que el gran Rey de los cristianos enbiaba por aquellas partes a dezir a todos los caciques o señores dellas, que supiesen todos que en el cielo, más arriba del sol, ay un Señor que hizo todas las cosas y los onbres, y que los que esto creen van aRiba donde él está, y los

³⁶ El trabajo en un *placer* aurífero, según Vilar, era una tarea «más fastidiosa que agotadora», pero que repercutió en el descenso demográfico indígena. El traslado de asentamiento de los indios, según los *placeres* se agotaban «arranca la mano de obra de sus ocupaciones agrícolas y de sus tradiciones; los cultivos de que dependía su subsistencia desaparecen; acostumbrados a trabajos lentos y discontinuos, los organismos de los indios no resisten; sobre todo la mano de obra femenina es movilizada y rotas, así, las costumbres de maternidad y de lactancia, todo predispone a las epidemias. Entonces la población se hunde...» (P. Vilar, *op. cit.*, pág. 123).

³⁷ El oro es un metal de ley variable, considerándose de 24 quilates el «oro fino». En el tesoro de Atahualpa, la ley osciló de 4 a 22 quilates, es decir, de 2 a 11 dozavos de «oro fino». (Ibidem, pág. 120).

³⁸ VILAR PIERRE: *Op. cit.*, pág. 115.

que son cristianos van a un fuego que está debaxo de la tierra, y que a todos los caciques y señores de do hazia el sol nace lo abia dicho, y todos lo creen así y lo tienen por señor y son cristianos y quedan por vasallos del gran Rey de Castilla, y que a todos los caciques y señores de do hazia el sol se pone lo tengo que dezir porque este mismo Dios así lo manda...»

Recibido y aposentado pacíficamente en el pueblo Nicaragua, hubo al otro día intercambio de obsequios. Gil González describía así el trueque realizado: «me presentó (el cacique) parte de quinze mill castellanos que en todo me dio, y yo le di una Ropa de seda y una gorra de grana y una camisa mía y otras cosas de Castilla, muchas». En cuanto a la conversión de los indígenas, la ingenua fe de Gil González le hacía creer, con entusiasmo, tanto en el éxito de su catequesis como en la docilidad de los catecúmenos: «... en dos o tres días que se le habló en las cosas de Dios, bino a querer ser cristiano, él y todos sus yndios e mugeres, en que se babtizaron en un día 9.017 ánimas, chicas y grandes y con tanta voluntad y tanta atención, que digo verdad a vuestra magestad que vi llorar algunos compañeros de devoción, y diziendo los primeros a ellos y a ellas... que este Dios que hizo todas las cosas, no quiere que nadie se torne cristiano contra su voluntad.» Pronto comprobaron, sin embargo, que tal aceptación no estaba arraigada y que aquella docilidad no tardaría en cambiar.

Pasados ocho días, avanzó la expedición seis leguas más allá del asentamiento Nicaragua, llegando a la zona de Nochari, donde encontró seis pueblos distantes unos de otros de legua y media a dos leguas, y con dos mil vecinos cada uno de ellos. Acudieron sus principales al alojamiento de los españoles, haciéndoles presente —según decía Gil González— «*de oro, esclavos y comida, como es su costumbre*», y concedores de la conversión del cacique Nicaragua, también «casi sin hablar se lo vinieron a querello ser, y cada día se venía a babtizar un señor que cada pueblo con su gente».

Sin embargo, a poco de alcanzarse las zonas de mayor poblamiento, el éxito de la expedición tocaría a su fin. En efecto, «estando en medio de esta buena obra» —comentaba Gil González— la noticia de la llegada de los españoles fue conocida por otros grandes caciques de más adelante, y uno de ellos, de nombre Diriangen, acudió al campamento hispano: «truxo consigo hasta quinientos onbres, cada uno con una pava o dos en las manos, y tras ellos diez pendones y tras ellos diez e siete mugeres, todas casi cubiertas de patenas de oro y dozientas y tantas hachas de oro baxo, que pesaba todo diez e ocho mill castellanos, y más atrás, cerca de sí y de sus principales, venían cinco tronpetas, y en llegando cerca de la puerta de mi posada tocaron un rato y acabado entraron a verme con las mugeres y el oro; mandéles preguntar —continuaba Gil González— a que venían y dixerón que a ver quienes heramos que les avían dicho que heramos una gente con barvas y que andávamos encima de unas alimañas; que por ver quienes heramos y lo que queríamos venían a vernos. Yo mandé a la lengua que les dixese todo lo que se avía dicho al cacique Nicaragua, y ellos respondieron que todos querían ser cristianos; preguntéles que quando querían babtizarse, dixerón que ellos vernían dende a tres días a ello...»

Pero aquella piadosa visita no tuvo lugar; por el contrario, lo fue como intento de sorpresa bélica. Desencantadamente, el capitán español escribía: «como al diablo